

EL INFINITO EN UN JUNCO

En la época del **gran proyecto alejandrino**, no existía nada parecido al comercio internacional de libros. Estos se podían comprar en ciudades con una larga vida cultural, pero no en la joven **Alejandría**. Los textos cuentan que los reyes usaron las enormes ventajas del poder absoluto para enriquecer su colección. Lo que no podían comprar, lo confiscaban. Si era preciso rebanar cuellos o arrasar cosechas para hacerse con un libro codiciado, darían la orden de hacerlo diciéndose que el esplendor de su país era más importante que los pequeños escrúpulos.

La estafa, por supuesto, formaba parte del repertorio de cosas que estaban dispuestos a hacer para conseguir sus objetivos. **Ptolomeo III** ansiaba las versiones oficiales de las obras de **Esquilo**, **Sófocles** y **Eurípides** conservadas en el **archivo de Atenas** desde su estreno en los festivales teatrales. Los embajadores del faraón pidieron prestados los valiosos rollos para encargarse de copias a sus minuciosos **amanuenses**. Las autoridades atenienses exigieron la exorbitante fianza de quince **talentos** de plata, que equivale a millones de dólares de hoy. Los egipcios pagaron, dieron las gracias con pomposas reverencias, hicieron solemnes juramentos de devolver el préstamo antes de que transcurrieran -digamos- doce lunas, se amenazaron a sí mismos con truculentas maldiciones si los libros no volvían en perfecto estado y a continuación, por supuesto, se los apropiaron, renunciando al depósito. Los dirigentes de **Atenas** tuvieron que soportar el atropello. La orgullosa capital de tiempos de **Pericles** se había convertido en una ciudad provinciana de un reino incapaz de rivalizar con el poderío de **Egipto**, que dominaba el comercio de cereal, el petróleo de la época.

Alejandría era el principal puerto del país y su nuevo centro vital. Desde siempre, una potencia económica de esa magnitud puede extralimitarse alegremente. A todos los barcos de cualquier procedencia que hacían escala en la capital de la **Biblioteca** se les sometía a un registro inmediato. Los oficiales de aduanas requisaban cualquier escrito que encontraban a bordo, lo hacían copiar en papiros nuevos, devolvían las copias y retenían los originales. Estos libros tomados al abordaje iban a parar a las estanterías de la Biblioteca con una breve anotación aclarando su procedencia (“fondo de las naves”).

1. Señala la idea principal del texto.
2. Explica en que consiste el gran proyecto alejandrino.
3. Qué sucedió con las copias de las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides que los atenienses prestaron a Ptolomeo III?
4. Qué pasaba con los barcos que llegaban al puerto de Alejandría?

Amanuenses: persona que tiene por oficio escribir a mano, copiando o poniendo en limpio escritos ajenos, o escribiendo lo que se le dicta.